



La tiara es una mitra alta con tres coronas de origen bizantino y persa que representa el símbolo del papado. La tiara consiste en un birrete cónico rodeado de tres coronas y del cual penden dos cintas como las ínfulas que encontramos en la mitra. Su nombre no nace como tal hasta el siglo XII.

Esta disposición data del siglo X pero antes se conocía un ornamento con el que el Papa cubría su cabeza, llamado cameláucum, del que se habla ya en el siglo VIII y que era una especie de yelmo blanco de lino utilizado al principio y no tenía carácter litúrgico. Hacia finales del siglo XIII la mencionada corona de la tiara (que consistía en un simple cerco) se presenta dentada o radiante para ser luego floronada. Poco después, bajo el pontificado de Bonifacio VIII la capucha del regnum se alargó y el aro fue enriquecido enormemente con piedras preciosas, 48 rubíes balas, 72 zafiros, 45 praxini o esmeraldas, numerosos pequeños rubíes balas y esmeraldas y 66 perlas grandes. Mientras que hacia el final de su papado, se añadió un segundo aro. Comenzó a ser llamada la tiara de San Silvestre, y comenzó a ser venerada y considerada como una reliquia.

Hacia 1310 comienza a introducirse la tercera, la cual se halla permanentemente desde Benedicto XII hasta nuestros días, quedando así constituida la tiara con tres coronas.

Bonifacio VIII fue sucedido en 1303 por Benedicto XI, quien llevó la tiara a Perugia. Después de su muerte en 1304 hubo un período de once meses antes de que un nuevo Papa lo pudiera suceder.

El arzobispo de Burdeos fue elegido con el título de Clemente V. Sacó la sede papal de Roma y la llevó a Aviñón.

La tiara se mantuvo en el tesoro papal en Aviñón hasta Gregorio XI, que la llevó de vuelta a Roma, el 17 de enero de 1377. En 1378 Roberto de Ginebra fue elegido papa, tomando el título de Clemente VII, y se llevó la tiara a Aviñón. Cuando el Papa Luna tuvo que huir de Aviñón a España, llevó consigo la Tiara de San Silvestre, depositándola en Peñíscola. La guardó Jean Carrier y, aunque después de un tiempo la devolvió a Roma, un poco antes de que muriese, la robaron de la Ciudad Eterna para nunca más encontrarla. Nunca.